



# *LA VERDAD COMO REVELACIÓN Y FUNDAMENTO*

---

1ª Ponencia del XIII EFCSM 2018

**D. Jorge Martínez**

D. Jorge Martínez, Siervo de Jesús, es natural de Chihuahua (México). Licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma, actualmente está realizando el Máster en Teología en la Facultad de Teología de Granada.

**LA VERDAD COMO REVELACIÓN Y FUNDAMENTO**

© 2018. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

## LA VERDAD COMO REVELACIÓN Y FUNDAMENTO

*¿Quid est veritas?* Es la pregunta que Pilato lanza sin detenerse a escuchar la respuesta. Este interrogante ha ocupado la reflexión de muchos a lo largo de la historia suscitando diferentes posicionamientos teóricos.

Las llamadas “Fake news” (noticias falsas que circulan constantemente en la red), los retoques digitales y los numerosos filtros fotográficos muestran la distancia cada vez mayor entre la apariencia y la realidad que forma parte del contexto de las tecnologías digitales en el que nuestras sociedades se desarrollan. Se abre así el espacio para la reflexión acerca de la esencia de la verdad.

Luigi Pirandello en su obra *Così è (se vi pare)* [Así es (si así os parece)] deja el problema (de la verdad) en manos del cotilleo de la burguesía. La llegada de una familia extraña al vecindario suscita en los estratos acomodados del pueblo la curiosidad y la rabiosa búsqueda de “la verdad” de esa familia ¿Quiénes son?, ¿qué relación media entre ellos? Con su acostumbrada agudeza el literato italiano presenta en esta “parábola filosófica” su angustiante convicción: la verdad permanece velada para los hombres que intentan descubrirla en vano. Se niega a descubrir su esencia a la mirada curiosa de los hombres, continúa muda ante la encuesta inquisitoria del entendimiento. Así habla la Señora Ponza, que en la trama representa la verdad:

SRA. PONZA. — No, señores. Para mí, soy... solamente... la que los demás creen que soy. (*Los mira a través del velo, y se retira por el fondo. Silencio*)

LAUDISI [el personaje que representa la “cordura” del escéptico]. — Señores: he aquí cómo habla la verdad. (*Los mira a todos, irónico*) ¿Qué? ¿Han quedado ustedes satisfechos? (*Ríe a carcajadas*)

Al hablar del trascendental de la verdad nos exponemos a la mueca escéptica de Kant, también a la risa burlona de Pirandello, pero sobre todo a la paliza prometida por Nietzsche cuando afirma: “Para un filósofo es una indignidad decir ‘el bien y lo bello son uno’; pero si además añade ‘también lo verdadero’ se le debe apalea. La verdad es fea”.

El despertar del espíritu humano a la autoconciencia se realiza arquetípicamente en la experiencia del niño que sonríe a la madre. El yo despierta a la conciencia de sí gracias a la sonrisa de la madre, en la forma dialógica del encuentro. Gracias a ella, «él experimenta que se encuentra insertado, afirmado, amado en algo que incomprendiblemente lo rodea, algo real, y que lo guarda y lo alimenta»<sup>1</sup>. En este primer inicio es el ser el que se revela al niño en la sonrisa de la madre, éste se siente acogido. La pregunta por el ser («¿por qué existo yo?») recibe una primera respuesta que permanecerá: «yo soy porque tú me afirmas, me dejas-ser, me amas a priori». El ser es experimentado por el niño como «gracia», lo que le permite ver el mundo como un espacio abierto para «cabriolas sin fin», el niño juega porque no ha tenido que «ganarse» el ser mendigándolo sino que le ha sido dado como gracia inefable, es acogido amorosamente. Desde el primer parpadeo el espíritu humano es deslumbrado por la luz maravillosa del ser que se le manifiesta en su inagotable riqueza y magnanimidad. Dice Balthasar: “El niño es evocado a la conciencia de sí mismo por el amor, por la sonrisa de su madre. El horizonte del Ser infinito se abre para él en este encuentro revelándole cuatro cosas: 1) que él es uno en el amor con su madre al tiempo que no es su madre; 2) que este amor es bueno y, por tanto, todo el Ser es bueno; 3) que este amor es verdadero y, por consiguiente, el Ser es verdadero; 4) que este amor provoca alegría y gozo, y por tanto todo Ser es bello” (H. U. von Balthasar, *Intento de resumir mi pensamiento*). Sólo posteriormente se experimentará

<sup>1</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Gloria V. Metafísica. Edad Moderna*, Madrid 1996, 565.

la distancia que distingue el ser y los entes; así como la infinita distancia entre el ser creado (que no subsiste en sí mismo) y el Ser del Creador (que subsiste en/por sí).

Todo hombre que despierta a la conciencia de sí mismo (yo soy) y al conocimiento del otro (tú eres), no sólo conoce el concepto de verdad y lo entiende, sino que sabe también que la verdad existe. La verdad se presenta con una evidencia tal que sólo formalmente (solo teóricamente) es posible negarla. La conciencia del niño que despierta en el amor experimenta con la misma evidencia la belleza, la bondad, la verdad del amor que se le manifiesta. Lo experimenta irreflexivamente, sin teorizar acerca de ello, pero con una evidencia innegable.

La bondad, la belleza, la verdad son trascendentales del ser, como determinación y condición fundamental de todo ente que tiene su parte más íntima en toda la extensión y profundidad del ser en cuanto tal. A pesar de los intentos de poner en duda estas realidades su evidencia concreta sigue siendo incontestable. “Puede haber hombres que por las razones que sean se hayan acostumbrado a dudar de que existe el bien propiamente dicho: lo que se llama así y lo que así se nos muestra diariamente lo reducen a hábito, costumbre cambiante, [impulsos bioquímicos u hormonales, etc...] Pero si se encuentran de pronto ante la evidencia de un acto desinteresado que quizá realizó un amigo por ellos y, por otra parte, saben por propia experiencia íntima que existe esta desnuda auto-superación en aras del puro bien como posibilidad y ofrecimiento, parecen olvidar por un momento toda su teoría y se doblan ante la escueta facticidad del bien”<sup>2</sup>. El desinteresado gesto del amigo es indeducible y hace una grieta en el sistema del escéptico poniéndolo desnudamente y sin disimulo ante el bien. Quizá más adelante tratará de cerrar la grieta hecha por la evidencia del bien, pero lo hará siempre con los pobres escombros de su sistema que ha saltado por los aires.

Algo semejante ocurre con la verdad. El escéptico puede dudar, a veces con todo derecho, acerca de la verdad particular que se le presenta. Se le permite también, después de muchos desengaños, teorizar acerca de la inexistencia o incognoscibilidad de la verdad en sí, el relativismo teórico o el anarquismo beben de esta teoría. La tentación de negar la verdad es casi tan antigua como el pensamiento humano. San Agustín trata de hacer frente a los escépticos con el argumento *si fallor sum*; dice el santo Doctor en *De civitate Dei*: “¿Qué? ¿Y si te engañas? Pues, si me engaño, existo. El que no existe no puede engañarse, y por eso, si me engaño, existo”. El escéptico está al menos seguro de su duda, y con ello de su pensamiento y, con este, también de su ser. Aunque el escéptico tratara de aferrarse a su dogmatismo “la verdad no existe y si existe no puede ser conocida”, su vida cotidiana demuestra exactamente lo contrario, pues el hombre continuamente está expresando opiniones, pide ser tomado en serio y no puede negar que ha sido él mismo quien ha expresado esas opiniones.

Balthasar invita a una toma de posición obvia pero audaz:

“Así, pues, proceden bien aquellos filósofos que aconsejan al adepto titubeante y perplejo ante el problema de la verdad que se arroje a la corriente a fin de experimentar, cuerpo a cuerpo con las olas, qué es el agua y cómo se avanza en ella. Quien no se arriesgue a dar este salto jamás experimentará lo que es nadar; y así también, quien no se arriesgue a dar el salto a la verdad nunca alcanzará la certeza de su existencia. Este primer acto de fe, de la confianza que se entrega, no es en absoluto irracional: es la sencilla condición previa para cerciorarse de la existencia de lo racional en general”<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica I. La verdad del mundo*, Madrid 1997, 37.

<sup>3</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica I. La verdad del mundo*, Madrid 1997, 26-27.

Una vez reconocida la existencia de la verdad, lanzados confiadamente en su inagotable corriente, nos ocuparemos principalmente de su esencia. No sin antes recordar que el misterio de la verdad tiene que ver con la vida entera, no es lícito reducirla al campo teórico eliminando todas las decisiones vivas, personales y éticas. La vida de muchos filósofos, como la de Sócrates dan testimonio de cómo la búsqueda y el amor de la verdad envuelven la existencia entera y su destino.

### Verdad como revelación

Trataremos a continuación de esbozar, siguiendo la propuesta de Balthasar, algo de la esencia de la verdad.

La experiencia arquetípica del niño se actualiza en cada acto del pensar. En este acto, el sujeto no solo piensa *algo* sino que se capta a sí mismo como *pensante*, es decir, existente. En el acto de pensar y ser consciente de ello el ser se manifiesta inmediatamente a la conciencia: ‘yo soy’. “El sujeto pensante es siempre un sujeto existente que se conoce como tal. Él sabe, por tanto, qué es ser. [...] Con ello queda probado que es posible develar y aprehender el ser, y justamente, por cierto, en su calidad de ser. Allí se declara ya, de forma inclusiva, la posibilidad de develamiento de todo ser”<sup>4</sup>. El ser puede conocerse.

Con esto llegamos a un primer esbozo de la verdad según el sentido del término griego *a-letheia* (de *a-lethes*: “no escondido”). La verdad es el estado de develado, de descubierto, de no oculto del ser, el hecho que el ser aparezca en los entes. Es parte de la tradición filosófica el reconocimiento que el ser creado no subsiste si no es en los entes. El ser aparece declinado en ellos: yo *soy*, tú *eres*, el perro *es*, la mesa *es*, nosotros *somos*. Aun cuando la riqueza del ser no se agota en ninguna de sus manifestaciones (y tampoco en su conjunto) no se puede afirmar que el ser no aparezca en los entes, en todos y cada uno. “Ni el ser está oculto en sí mismo como una cosa incognoscible en sí, que no deja que se sepa nada de ella y de la cual el fenómeno (el ente que aparece) nada deja traslucir, ni, por otra parte, la apariencia es [...] un espejismo”<sup>5</sup>. El ser se devela, se entrega al conocimiento apareciendo en los entes; este estado de abierto es lo que evoca el término verdad. Surge entonces la pregunta ¿a *quién* se devela el ser? El estado de abierto del ser en general indica la relación a una autoconciencia a la cual el ser esté abierto. Si no fuera así, en realidad el ser no estaría develado sino oculto en su incognoscibilidad. Es inherente al concepto de verdad que todo ser tenga relación con una autoconciencia.

Que el ser realmente aparezca en el fenómeno (ente) hace desaparecer la sospecha de un engaño, de una ilusión. “El conocimiento es auténtico porque lo conocido mismo es auténtico. No se camina por un cenagal, se tiene bajo los pies el seguro fundamento del ser”. Sobre este fundamento se puede echar confiadamente los cimientos del conocer.

### Verdad como fundamento

El Papa Francisco ha recordado en su reciente *Mensaje para la jornada mundial de las comunicaciones sociales* que: “La verdad no es solamente el sacar a la luz cosas oscuras, «desvelar la realidad», como lleva a pensar el antiguo término griego que la designa, *aletheia*. La verdad tiene que ver con la vida entera. En la Biblia tiene el significado de apoyo, solidez, confianza, como da a entender la raíz ‘*aman*, de la cual procede también el *Amén* litúrgico. La verdad es aquello sobre lo que uno se puede apoyar para no caer.” (Papa Francisco, *Mensaje para la 52 jornada de las comunicaciones sociales*).

<sup>4</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica I. La verdad del mundo*, Madrid 1997, 39.

<sup>5</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica I. La verdad del mundo*, Madrid 1997, 39.

Por tanto, la verdad es también *emet*: fidelidad, constancia, fiabilidad; frente a una verdad así comprendida uno puede entregarse, confiarse, abandonarse confiadamente. Este aspecto subraya el carácter relacional de la verdad. El conocimiento establece una relación entre sujeto y objeto, entre el ser que conoce y el ser que se manifiesta y se entrega para ser conocido. La fiabilidad de la verdad del ser pone fin a la infinita búsqueda de algo oculto detrás de la verdad. En este sentido toda hermenéutica de la sospecha ha de reconocer que el fundamento primero del conocimiento es la confianza en el ser que se dona fielmente. Por otra parte, la relación establecida es puerta de entrada para nuevos conocimientos. “La autenticidad de la evidencia lograda implica de modo inmediato la promesa de una verdad más amplia”, sin poner en duda lo ya adquirido.

Los sabios de Israel invitan constantemente a los inexpertos a la búsqueda de la Sabiduría. Participar en el banquete de la Señora Sabiduría (Pr 9, 1-6) significa acoger el riesgo de entrar en comunicación con el otro, establecer una relación con la verdad que nos viene al encuentro. Considerar el ser creado como amor (*similitudo Dei bonitatis* S. Tomás de Aquino) pone en el centro de la reflexión la categoría de relación. Toda relación es enriquecedora cuando se acoge el riesgo de salir al encuentro del otro, entrando en su campo con los pies descalzos.

### Carácter relacional del conocimiento

Hemos dicho que en todo acto de conocimiento de un ente concreto se presenta también la promesa del conocimiento de una verdad más amplia. “En el estado de no oculto se abre el ente para ofrecerse al conocimiento. Pero no se abre solo como un determinado ser individual, sino también como ser en general”<sup>6</sup>. El movimiento iniciado en el conocimiento de un ente no encierra con constricciones al sujeto que conoce, “la verdad es siempre una abertura no solo para sí y en sí, sino hacia una verdad más amplia”. El conocimiento puede poseer con claridad una verdad, pero ha de aceptar el “estar inundado por algo que en el conocimiento mismo rebasa al conocimiento, es decir, la conciencia de participar en algo que en sí mismo es infinitamente más grande que lo que se manifiesta de ello”. Este carácter de “más” en la verdad que así se nos presenta, surge de la riqueza siempre nueva del ser en general. Entendido así el conocimiento, la racionalidad es redefinida como la posesión real de una situación objetiva (comprensión) dentro de un todo más grande que la desborda.

El conocimiento tiene un carácter “relacional”, el sujeto recoge y comprende el objeto a la vez que él mismo (el sujeto) es introducido en el mundo englobante del objetivo estar abierto del ser. El sujeto se ha de acomodar al estado de abierto del ser, al fenómeno. “La verdad será conocida cuando el conocimiento, adecuado ya a la situación objetiva (*adequatio intellectus ad rem*), se pueda medir y determinar por ésta. En la proporción resultante entre sujeto y objeto, la medida decisiva está en el objeto”. El movimiento contrario sería una falsa concepción del conocimiento. No se puede pretender conocer en verdad un fenómeno acercándose a él con prejuicios.

Aunque el “primado” en todo conocimiento que se pretenda objetivo es del objeto, el destino del sujeto no es de simple vasallaje. “Subjetividad, en sentido pleno, incluye libertad, autodeterminación y eficacia creadora hacia el exterior. En vista de los sujetos, existen los objetos; en vista del conocimiento real de los sujetos, son ofrecidos a éstos como posibles objetos de conocimiento y les son relativos”<sup>7</sup>. La espontaneidad del sujeto cognoscente consiste en la capacidad de decidir acerca de la verdad en cuanto tal; “únicamente en el acto del juicio sobre la verdad, se

<sup>6</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica I. La verdad del mundo*, Madrid 1997, 41.

<sup>7</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica I. La verdad del mundo*, Madrid 1997, 43.

realiza ésta en sentido pleno como revelación del ser poseída en una conciencia”. El objeto es ofrecido al sujeto para recibir de él *su* medida.

Hemos dicho que el estado de abierto del ser implica la existencia de una autoconciencia para la cual está abierto. La verdad como revelación solo tiene sentido si hay un sujeto que la acoja.

El libro del Génesis presenta al hombre dando orden al mundo creado (Gn 2,19-20), se le presentan los animales para que les de nombre (dar nombre a algo es en cierto modo *conocer*), de alguna manera participa así del conocimiento creador de Dios que crea ordenando, – separa el día de la noche, el cielo de la tierra, ordena las estaciones del año, etc (Gn 1,1ss) –. Adán prolonga de alguna manera la obra creadora de la separación de las especies. De este modo ejercita a imagen de Dios “el dominio dulce” sobre el mundo que se le confía<sup>8</sup>. “La obra de arte que produce un escultor o un compositor tiene un contenido de verdad cuya medida existe en la concepción de su creador. [El artista ve en una sola mirada la totalidad de su obra y su significado. Aun cuando la realización concreta de la obra no agote la riqueza de la verdad que intenta manifestar, puede afirmarse que es representación fiel de la verdad medida y contemplada por el autor]. La misma cosa se repite allí donde el sujeto determina, desde la soberana fuerza configuradora de su libertad y espontaneidad, qué ha de ser y qué ha de ser verdadero. Aquí el sujeto humano participa de un modo especial en el poder creador de la verdad del entendimiento divino cuyos arquetipos contienen la medida de las cosas puestas en la existencia concreta y de su verdad”. La medida última de las cosas está en Dios. La libertad del sujeto le permite determinar la verdad de forma creadora.

El conocimiento mundano es a la vez receptivo y espontáneo, medido y medidor. El trabajo científico tiene algo de contemplativo. La observación atenta de los fenómenos sobre los cuales se elaboran las hipótesis es un elemento primordial del método. Es también el método de investigación de los sabios de Israel, el ver y escuchar es una necesidad primaria para obtener sabiduría. Un ejemplo: (Pr 24,30-34) He pasado por el campo de un perezoso y por la viña de un insensato, y he visto que todo eran ortigas, la maleza cubría el terreno, la cerca se había derrumbado; lo miré y presté atención, lo contemplé y saqué esta enseñanza: ‘Un rato dormir, otro dormir, otro descansando mano sobre mano, y te llega la miseria como un salteador, la indigencia como un hombre armado’”. El sabio acoge primero la realidad, hace experiencia de ella para luego emitir un juicio sobre ella.

En el conocimiento mundano, a diferencia del divino la medida de la verdad está distribuida entre el sujeto y el objeto. La verdad es tanto producida como comprobada. “En el fluctuante punto medio y en el equilibrio entre estas dos funciones de la razón (la recepción y la conformidad que se otorgan, y el pronunciamiento de un juicio) [en el equilibrio entre el *intellectus agens* y el *intellectus passibilis*] se mueve la verdad”.

Hemos dicho que es el entendimiento divino el que tiene en última instancia la medida de la verdad de cada ente concreto. El hombre experimenta constantemente la finitud de su entendimiento. “De aquí el sujeto finito extrae el elemental saber de que él mismo no es Dios, de que más bien, no obstante la semejanza, por grande que sea, del ser y de la conciencia, en cuanto criatura se diferencia, se separa cada vez más de Dios. [...] La espontaneidad que se manifiesta y se fundamenta en la autoconciencia finita tiene en sí misma la cualidad de una más honda receptividad respecto a la infinita espontaneidad de Dios”. Adán puede nombrar, separar y distinguir porque previamente ha actuado la Palabra ordenadora de Dios. Frente a la absoluta espontaneidad creadora

<sup>8</sup> Cfr. J. P. SONNET, « “L’origine delle specie” : Genesi 1 e la vocazione scientifica dell’uomo », La Civiltà Cattolica, Quaderno 3807, 160 (2009) 220-232.



de Dios la libre espontaneidad del sujeto humano se descubre más bien receptiva. También el sujeto finito recibe su propia medida de Dios.

La tradición bíblica y filosófica cristiana afirma constantemente que “Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas” según la formulación del Vaticano II (*Dei Verbum* 6). Reflexionando sobre el estado de abierto del ser, como muestra Balhasar, se podría llegar a contemplar al Creador como *Dominus* y como *Principium et Finis*, conservando aún la inescrutabilidad del misterio. “En cuanto misterio, se conoce al Creador con la forma de la autoconciencia, que en su pequeño misterio de la captura de sí misma en la luz interior, en su personalidad y libertad, llega a atrapar un débil resplandor de lo que podrían ser la libertad y la identidad infinitas de la verdad divina”. Reconocemos aquí que no tenemos la capacidad para seguir los pasos de la reflexión del teólogo suizo y profundizar en este misterio. Nos basta por el momento dejarnos deslumbrar por la maravillosa luz del ser donado – que captamos de algún modo en cada acto de pensar – y bendecir el don de su inagotable riqueza. El carácter maravilloso, gratuito, inmotivado de la verdad creada que es casi inasible en su totalidad, (pues siempre nos remite a una verdad más grande) nos permite captar de algún modo el deslumbrante misterio del Creador. La verdad tal cual nos sale al encuentro en el mundo, en cuanto verdad de las cosas y del hombre remite en su fundamento último a Dios, al Creador.

“Si sobre la base del estado de abierto del ser en general atribuimos el ser a un ser [ente] singular [el perro *es*], sólo podemos hacerlo conscientes de que también este ser singular participa de la inasible y misteriosa plenitud encerrada en este concepto sellado; de que tal ser singular es interpretable en su calidad de criatura de un Dios oculto que se nos ha revelado mediante nuestra existencia creada”.

La esencia de Dios sigue siendo para el sujeto un misterio; dice santo Tomás de Aquino: “esto mismo es conocer a Dios, saber que ignoramos qué es Dios” (*In Dionys*), y también: “el último grado del conocimiento humano de Dios es saber que no se le conoce” (*De potentia*). Se conoce a Dios como ignoto. El conocimiento humano de Dios ha de ser dilatado y superado por la libre revelación sobrenatural de Dios. Así como no disponemos de la verdad de Dios y de su revelación, tampoco el sujeto puede disponer de las demás criaturas en el conocimiento mundano. El sujeto experimenta desde el principio su propia existencia como un haberse dispuesto de él: yo soy porque tú me afirmas.

El conocimiento de las demás criaturas ha de entenderse entonces como *actitud de servicio*. “La actitud del servicio es tan indiscutiblemente la primordial en todo conocimiento, que quien no reúne la indiferencia y la disposición para recibir y aprehender el objeto tal cual él desea darse y mostrarse, carece del más elemental supuesto del conocimiento objetivo”. Así, la capacidad cognoscitiva del sujeto ha de entenderse no tanto como tendencia o impulso (*appetitus*) sino como servicio (*servitium*). “Si en su primera determinación fuera un impulso ambicioso, no se podría excluir que el fundamento de este impulso se encontrara en la insatisfacción del que ambiciona, y lo ambicionado, por lo tanto fuera buscado desde el punto de vista de la satisfacción de una necesidad”. Si el acto cognoscitivo fuera ante todo una “necesidad” del sujeto la receptividad del objeto en toda su riqueza se vería condicionada por la satisfacción del sujeto cognoscente. La verdad sería buscada para satisfacer la curiosidad del sujeto y contribuir así a su autorrealización. Pero esta necesidad no podría ser colmada sino por Dios, pues el vacío del sujeto revela unas dimensiones que solo Dios puede llenar. “Podría ocurrir que hasta la intuición inmediata de Dios, que se da más allá de toda ‘exigencia’ de la naturaleza creada, fuera exigida por la ‘impaciencia religiosa’ de un sujeto

así de ambicioso aunque aparentemente devoto, para acallar su infinita apetencia de saber”. Es decir, incluso la libre revelación sobrenatural del amor divino sería un don exigido y arrebatado por la “necesidad” del sujeto. “El acto de fe tendría, pues, por así decirlo, dos tiempos: el primero, dentro de la razón natural y autónoma, que sobre la base de su evidencia es conforme a los fundamentos de la razón prestar la obediencia de la fe. El segundo tiempo constituiría este acto mismo del sometimiento en el cual la razón, apoyada en su propia intelección, se arrojaría, rebasándose a sí misma, en el abismo de la verdad trascendente de Dios”. El acto de fe estaría sometido a una evidencia racional primaria: entiendo-creo.

El conocimiento no puede considerarse autónomo, casi divino, que extienda su dominio absoluto sobre todas las criaturas. En el primer acto de autoconciencia el sujeto se comprende como un sujeto ya aprehendido y englobado; parafraseando la afirmación de Descartes algunos filósofos afirman *cogito ergo sum*. El primer encuentro con la verdad tiene una forma dialógica, la forma de la comunicación, de la relación; también el conocimiento mundano tiene esta forma. “Aquel sujeto que posee la verdad sólo porque al mismo tiempo la recibe continuamente de Dios no se opondrá a aceptarla, en trueque dialógico, de un interlocutor mundano”. Dar la palabra al otro significa reconocer que yo no soy el único creador y juez de la verdad.

El primer pecado consiste en un querer saber más de lo permitido (cfr. Gn 3). “Se puede entender como opresión un mandato o una prohibición divinos sólo en tanto que el hombre erige en criterio de medida su propio prurito de conocimiento”. La maldad disfrazada de ángel de luz pone delante del sujeto el estado de abierto del ser (la verdad) despertando en él el deseo de poseerlo en su totalidad, amparado en la propia capacidad cognoscitiva. En el mundo del cine contemporáneo, películas como *Lucy* (2014) o *Transcendence* (2014), evocan la nostalgia prometeica de esta primera tentación (en la primera aparece con evidente claridad).

El que a regañadientes aceptara el carácter limitado de su conocimiento prestaría una “obediencia de voluntad” al mandato divino (no comer el fruto del árbol), sería un sometimiento exterior hecho sin el convencimiento interior. La forma *a priori* requerida es la “obediencia de juicio” que acoge interiormente y reconoce su propio carácter creado y el carácter absoluto de Dios.

“Un ansia de saber que inconsiderablemente quitara todos los velos, muy pronto ahogaría al amor. Buscaría en sí misma, fuera del amor, la medida del saber y, con ello, impondría al amor una medida extraña. Pero el amor no tolera medida alguna; él mismo es la medida de todas las cosas. La verdad es la medida del ser, pero el amor es la medida de la verdad. El pecado consiste en poner la medida de la verdad por encima de la medida del amor”.

Todo ser creado está abierto objetivamente ante el conocimiento de Dios. Todo ser y toda conciencia están develados ante lo absoluto. Cuando Dios expulsa a Adán y Eva del paraíso los viste con túnicas de piel. La criatura está desnuda ante Dios. “Pero cubre su desnudez la vestidura del misterio divino. Dios ve su más íntima esencia. Pero ella no debe envolver esta interioridad con otro embozo que el que recibe en Dios”. El develamiento ontológico de la criatura ante Dios pide una actitud de confesión como cumplimiento espiritual y consciente de su desnudez.

Ninguna criatura está sola ante Dios. También el prójimo, cuya verdad se me oculta, está desnudo ante Dios. Ante el misterio del otro, escrutado en su profundidad solo por Dios, el sujeto ha de acercarse con reverencia. “Si uno quiere conocer al otro tal cual es en verdad, debe intentar investigarlo con los ojos de Dios; como Él, tiene que examinar sus carencias con el medio del arquetipo, e intentar medir y salvar la distancia entre el modelo y la copia con un amor universalmente justo”. Sólo el amor discierne, dice san Agustín. Incluso el amor al enemigo puede



iluminarse desde aquí: “Deséale que comparta contigo la vida eterna; anhela que sea hermano tuyo. Porque si amando al enemigo quieres que sea hermano tuyo, entonces es que lo amas, que amas a un hermano. No amas en él lo que es, sino lo que quieres que sea” (San Agustín, *Comentario a la primera carta de san Juan*).

La “vocación científica del hombre”, toda activa misión de configurar el mundo comienza en la indiferencia y al final desemboca en ella. El juicio último pertenece a Dios. El amor como indiferencia es el ojo y la medida con que se acoge la verdad.

“El cristiano permanece el guardián de aquella maravilla metafísica con la que comienza la filosofía, y en cuya presencia continua se realiza su esencia”. Así describe Balthasar la tarea del filósofo en la “Aportación cristiana a la metafísica”, al final del volumen de *Gloria V* dedicado a la metafísica moderna. Es la maravilla ante el carácter gratuito del ser. La pregunta filosófica ¿por qué el ser y no la nada? se transforma en acogida del don y gratitud, en adoración del amor así manifestado.

La verdad del mundo tiene consistencia, se presenta como fundamento porque revela un misterio infinitamente más rico, deslumbrante. La verdad del mundo es confiable porque pende de la fidelidad de Dios que conserva a los entes en el ser. En lugar de la angustia ante el abismo de la nada, el filósofo puede seguir el movimiento humilde y admirado del salmista: “abres tu mano y se sacian de bienes. Escondes tu rostro y se espantan, les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo. Envías tu soplo y son creados, y repueblas la faz de la tierra”. (Sal 104,29).